

ALFONSO J. USSÍA

BORROIKA



AÑOS DE PLOMO Y SANGRE


ESPASA

ALFONSO J. USSÍA

BORROKA

Años de plomo y sangre



ESPASA

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Alfonso J. Ussía, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2024

Depósito legal: B. 5.537-2024

ISBN: 978-84-670-7310-2

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión y encuadernación: Huertas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España



ÍNDICE

1. PARÍS, MAYO DE 1989	19
2. MADRID, UN DOMINGO CUALQUIERA	33
3. EL CASERÍO	43
4. LA VIDA SIGUE IGUAL	53
5. DESARTICULACIÓN DEL COMANDO ARABA	63
6. SERVICIOS DE INFORMACIÓN	71
7. PAMPLONA	83
8. LECUMBERRI EN NAVIDAD	97
9. EL PADRE LARZÁBAL	105
10. BIARRITZ, ENERO DE 1990	121
11. EL COMANDO ARGALA	135
12. MADRID, DIRECCIÓN GENERAL DE LA GUARDIA CIVIL	153
13. HENDAYA, PRIMAVERA DE 1990	169
14. DE NUEVO EN MADRID	183
15. ABRIL EN INCHAURRONDO	201

ÍNDICE

16. ESCONDIDOS	217
17. LA FOZ DE LUMBIER, 25 DE JUNIO DE 1990	231
18. HOSPITAL DE PAMPLONA	249
19. LA MUGA	259
20. EL COMANDO BARCELONA	267
21. LLISSÁ DE MUNT	281
EPÍLOGO	287
BIBLIOGRAFÍA	293

1

PARÍS, MAYO DE 1989

Nunca se sabe cuántos amaneceres le quedan a uno por ver, madrugar, oler... , sentir esa luz que se enciende gracias a ese momento tan íntimo, solitario, lento y tan personal, cuando en realidad es el mismo para todos. El bucle de seguir sintiéndose vivo sin saber, sin pensar, sin que nos condicione que tal vez pueda ser el último, o quizá no, quién sabe cómo va eso de morirse. O de que te maten. Dicen que los pájaros cantan cuando se acuesta el sol del miedo que le tienen al fin del mundo, al ocaso, a ese último día. Por eso, cuando llegan las primeras luces del amanecer, vuelven entusiasmados para tener otras doce horas más de sol. Es un renacer, un nuevo tiempo que les regala la vida. Y cantan para celebrarlo como cantan angustiados cuando ven que se acaba y se acerca el final, llenos del temor de no volver a ver la luz del día siguiente.

La mañana era fría en París el 13 de mayo de 1989. Los coches de la comitiva se introducían en la ciudad atravesando el puente de Saint Dennis. Desde que salieron del aeropuerto Charles de Gaulle, dos motocicletas de la Gendarmería anunciaban la prisa que tenían por llegar al Palacio de Justicia, en el número 10 del Bulevar du Palais, a orillas del Sena. El enorme edificio, levantado sobre el viejo Palacio Real de San Luis, mantenía intactas algunas curiosidades

históricas, como la celda donde estuvo cautiva María Antoineta antes de ser pasada bajo la cuchilla en esos mismos patios a los que llegaban el juez de instrucción del juzgado número 5 de la Audiencia Nacional, Baltasar Garzón, y la fiscal adscrita al mismo juzgado, Carmen Tagle.

El motivo de la visita no era otro que el de obtener la mayor información posible en los interrogatorios que el juez francés, Michel Legrand, realizaría a los tres arrestados por la policía francesa pertenecientes a la banda terrorista ETA, entre los que se encontraba, ni más ni menos, el jefe del aparato político de la banda, Josu Urrutikoetxea, alias *Josu Ternera*. La visita no era baladí, ya que, en caso de no obtener mucha colaboración por parte de la justicia francesa, comportamiento que era muy habitual entonces, el juez Garzón tenía previsto atacar con un dossier que contenía las principales investigaciones que la justicia española mantenía abiertas contra los terroristas detenidos.

Aún los días del mes de mayo a orillas del río de los enamorados se llenaban del frío que trasladaba la humedad del agua, haciendo que los dos sintieran su golpe canalla nada más bajarse del coche oficial. Allí les esperaba el secretario del juez Legrand junto con dos miembros de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad españoles, que ya habían llegado en otro vehículo: el comisario Emilio Calzada y el inspector de policía Enrique Díaz Pintado. Ellos le hicieron entrega al juez Garzón de una segunda carpeta con la información que comprometía también a Urrutikoetxea. Era un as en la manga que el magistrado utilizaría en caso de atascarse el asunto, pues la cooperación entre la justicia francesa y la española aún quedaba lejos de ser habitual; todo lo contrario, en la mente de los vecinos todavía existían algunos vestigios

de operaciones policiales en suelo francés que no ayudaban a ello. Catorce años de una democracia no eran suficientes para algunos sectores de la justicia y de la sociedad galas.

Atravesaron el patio de armas y comenzaron a subir la lenta y alargada escalinata, solemnes peldaños de tiempos regios que ahora pretendían doblegar con su imponente apariencia a una justicia igual de jerárquica, pero que aún no terminaba de distinguir muy bien el problema que tenía bajo sus lindes. El objetivo era muy claro: se acabaron los tiempos de Franco, del GAL y de las excusas. Necesitaban conseguir que Francia cooperara y dejara de tratar a los terroristas como «refugiados». Pero la cosa empezó con mal pie, tal y como el juez Garzón había previsto.

—Creo que sería conveniente comenzar por la mujer, la señora Elena Beloki, pero debemos desplazarnos hasta la prisión de la Santé. Respecto a los otros dos detenidos, sí podremos utilizar estas dependencias del Palacio de Justicia —comentó el juez Legrand.

—Adelante —asintió Garzón. El juez percibió la frialdad y el muro de indiferencia de su homólogo francés desde que se estrecharon la mano en la puerta de su oficina en Madrid, unas semanas antes. Era tan reacio o tan francés que enervaba un tanto el ansia del español. Aunque la que tenía la mecha aún más corta era ella. Implacable.

Durante el nuevo trayecto, Carmen Tagle y Baltasar Garzón no dejaron de mostrar la desconfianza que sentían en la cooperación francesa. No solo les molestaba el hecho en sí, sino que la distancia que imponía el trato con el juez Legrand dejaba entrever que la jornada no sería ni mucho menos fructífera entre dos Estados democráticos supuestamente similares. Pero, desde hacía meses, las causas que entraban

en el juzgado número 5 de la Audiencia Nacional relacionadas con terrorismo se habían convertido en la prioridad del equipo que se desplazaba, con el reflejo de la Torre Eiffel en los cristales tintados del coche, hasta la temida cárcel de La Santé. No ayudaba para los nervios la carrera por las calles de París a todo derrape, sonando impertinentemente al paso de los cuatro vehículos oficiales y las motos de la Gendarmería: volantazo, acelerón; sin poder mirar un poco las aceras y los escaparates, cosa que a la fiscal le molestaba. Por algo era París.

Las sirenas incordiaban en la conversación y conseguían que los nervios, especialmente los de Carmen, se notaran más fértiles y vulnerables, ya fuera por bruxismo o por temor. Ella estaba menos acostumbrada a este tipo de trayectos, que la mareaban como si estuviera en un bote a la deriva en la mar. Sin embargo, sí se parecía el horizonte de París al paisaje de agua, con chimeneas alargadas y tejados de cinc, pero igual de largo e inabarcable, complejo, salvaje de aquellos que vivían en la lucha al amparo de la ley y la justicia frente a las balas y el amonal; todo un soberbio talante de valentía, de toga a prueba de bombas y con lo que se pretendía poner orden a nuestro derecho más fundamental: la vida.

—Legrand va a hacer el interrogatorio en francés. No nos dejará preguntar y debemos mantenernos en silencio. Me lo ha dicho su secretario.

—No puedo comprender lo que les pasa a estos franceses. ¿De verdad me dices que no podemos preguntar nada?

—No. Debemos trasladar nuestras preguntas y él se las formulará.

—¿Y qué hacemos aquí, Baltasar?

—Cambiar eso.

—Hay que ampliar las condenas si es necesario. La única forma de acabar con ellos es metiéndolos en la cárcel tanto tiempo que se les quiten las ganas de matar.

—¿Y esa carrera? —preguntó Garzón señalando las medias de Carmen.

—No estoy segura. O al bajarme del avión o al mordirme los nervios cuando le he notado la piel al juez francés.

—¿Quieres que paremos a comprar un par?

—De ninguna manera, Baltasar. Luego ya compraremos lo que haga falta.

Llegaron a la cárcel. Subieron a una habitación pequeña, dentro de las dependencias de la dirección de la prisión de La Santé, donde permanecía detenida Beloki desde su arresto en Bayona, en enero de ese mismo 1989, junto a Josu Urrutikoetxea. En el momento de su detención, la terrorista portaba una pistola Browning de nueve milímetros parabellum. Por eso, los cuatro meses que habían pasado detenidos en París sirvieron para que se hicieran un sinfín de movimientos entre el Gobierno español y la cúpula de ETA y pudieran prepararse las conversaciones de Argel. Por eso, todo se llevaba a cabo con cierta ambigüedad, poniendo en equilibrio los intereses de la justicia española y del Gobierno, que por entonces también estaba en el ojo del juzgado número 5, que procesaba con la misma energía los crímenes de ETA y los rastros que dejaban los cadáveres de los asesinados por el GAL. Muchos de ellos, en territorio francés, razón de más para la ambigüedad que manejaban los vecinos.

Elena Beloki era morena y con ojos marrones, delgada, no llegaba a los treinta, y una de las responsables del aparato

logístico de la banda. Se la relacionó con Santi Potros, detenido dos años antes, y con Juan María Olano, pero se cree que mantenía una relación sentimental con Josu Ternera en el momento de su detención. Y Carmen Tagle comenzaba a ser molesta —tanto para Beloki como para los franceses—, indicativo principal de que estaba haciendo las cosas bien. O eso pensaba Garzón, mientras traducía las preguntas del juez Legrand a Elena Beloki:

—¿Quiénes son estas personas? —preguntó.

—Son el juez de la Audiencia Nacional Baltasar Garzón y la fiscal del mismo juzgado —contestó Legrand, omitiendo el nombre de Tagle, tal como previamente había solicitado Garzón, dada la opción que daba la justicia española para no identificar al fiscal de una investigación en curso.

Entonces escucharon un matiz, un algo en la conversación entre el magistrado francés y la acusada que terminó por convencer a los españoles de que debían entrar en acción.

—Están aquí presentes debido a los acuerdos de cooperación que existen entre los dos países, aunque yo no estoy de acuerdo —había dicho Legrand.

—Esa gentuza representa a la justicia de un país que asesina a sangre fría a los refugiados vascos que luchamos por nuestra identidad y por la libertad —añadió Beloki.

—Lo sé, señora, pero debo guardar las formas en lo que se refiere a este interrogatorio.

Hasta aquí. Hay que pasar al ataque, pensó Garzón.

—Señoría —interrumpió—, ¿le importaría que tuviéramos un momento para discutir un asunto, por favor?

Garzón llevó a Legrand a un despacho adyacente. Fue ahí donde sacó el dossier con las imágenes e informes de

algunos de los atentados por los que querían procesar a Josu Ternera, Santi Potros y Beloki, pero, sobre todo, quería que Francia dejara de ponerse de perfil en un asunto de tal importancia para la normalidad democrática de cualquier país.

El atentado contra la casa cuartel de la Guardia Civil de Zaragoza era el contenido de uno de los informes que Garzón expuso a Legrand. Se produjo el 11 de diciembre de 1987 y murieron once personas, de las cuales cinco eran niños. Hubo, además, ochenta heridos y provocó el derribo del edificio. Después sacó el dossier del atentado de Hipercor de Barcelona, del 19 de junio del mismo año, en el que tenían indicios de que pudo estar involucrado Santi Potros. Este atentado mató a veintiuna personas y dejó cuarenta y cinco heridos. Fue un viernes por la tarde previo a las vacaciones de verano, lo que garantizaba un mayor alcance tanto de víctimas como de presión social. Se avecinaban tiempos de cambio, y no solo en el seno de la banda terrorista ETA.

—¿Usted también ve refugiados en estas fotos, señoría?

—¿Perdón?

—Que si van a seguir ignorando los hechos o van a tratar a esta gente como los asesinos que son.

—No tenía conocimiento del alcance de sus acciones.

—No son acciones, señoría, son atentados terroristas.

Después, la actitud del juez Legrand cambió radicalmente. Acrecentó aún más su aspecto alargado y de ocaso capilar la forma en la que palideció tras contemplar algunas de las imágenes. Empezó a mostrar la mirada perdida, los ojos más tensos, vidriosos, incluso. La estrategia del juez español fue un sopapo en toda regla para el eslogan de derechos humanos que siguió a la guillotina por estas tierras.

Tras terminar el interrogatorio de Beloki, Garzón observó un detalle en Tagle que no dejó pasar desapercibido. Además del ritmo y del ajetreo que había supuesto la mañana, desde que salieron del aeropuerto de Torrejón de Ardoz, ella no dejaba de perderse en los silencios que siguieron a cada una de las respuestas. Parecía como si necesitara tiempo para ir asimilando toda la información que estaba encajando como un puzle en su cabeza. Ni siquiera se había percatado que sus medias dibujaban dos carreras que le recorrían las piernas, como si del todo fuera secundaria cualquier otra cosa que no se tratara de ordenar para el siguiente nivel: los interrogatorios de Ternera y de Potros.

—¿Podríamos pasar un momento por las Galerías Lafayette, por favor? —pidió Garzón al chófer.

—¿Por?

—Creo que necesitas dos o tres pares de medias, vaya ritmo.

—Son las segundas —respondió Tagle.

—Iremos después de la jornada en el Palacio de Justicia. ¡No se preocupe, por favor! —exclamó.

—Ahora tenemos los más complicados.

—Llevamos cerca de doscientas preguntas a Potros y Ternera —comentó Garzón.

—Esta Beloki no nos ha dicho nada.

—Veremos ahora.

Llegaron al distrito Uno de la ciudad. Nada más aparcar en la puerta, el dorado en las puntas de lanza de la valla negra del perímetro les devolvió la entereza para lo que restaba del día. Parecía como si el enorme edificio empacara el aplomo de los instructores españoles. Bien es cierto que el mero hecho de estar ahí era un avance enorme en la colaboración

entre los dos países, pero no lo suficiente para todo lo que se cocía en Francia, muy especialmente en el sur, santuario que la cúpula de la banda terrorista utilizaba con total impunidad.

El primero en pasar a la sala fue Josu Ternera, del que se sospechaba que era uno de los jefes de ETA. El encuentro fue frío y tenso, como la mirada que partía de sus cuencas hundidas y huidizas. Tenía los ojos pequeños, la boca grande y la barbilla angulosa, remarcando una silueta de media luna coronada con pelo corto alborotado. No tardó en decir que no respondería a un tribunal que utiliza la tortura como medio para sacar información en el «Estado español», como se refería al Gobierno de España. Carmen Tagle era una persona vehemente, temperamental y que se entregaba al trabajo con la dureza y la rigidez que luego escaseaba en su lado personal: atenta, generosa, callada. Pero en su trabajo, en su vocación, era implacable. Entonces Josu Ternera volvió a esquivar las preguntas del juez Legrand preparadas por ella.

—No reconozco la justicia de un Estado que somete con torturas a los refugiados vascos.

—Valiente hijo de puta —exclamó Tagle.

En ese instante, el gesto y la expresión de Ternera cambiaron radicalmente. Frunció el ceño al tiempo que sus labios quisieron contestar a esa voz impertinente que acababa de insultarle. Se aguantó y dirigió la atención hacia el juez francés. No toleraba semejante agravio y mucho menos ante una mujer que consideraba el enemigo en todas y cada de las causas por las que luchaba.

—Y esta mujer, ¿cómo se llama? —preguntó a Legrand clavando su vista en la fiscal.

—Es la encargada de la investigación por parte de la Fiscalía de España.

—Muy bien —respondió Urrutikoetxea.

—¿Va a responder algo o seguirá sin colaborar con las autoridades? —repitió el juez Legrand.

—Con este no avanzamos nada —comentó la fiscal a Garzón.

—Que traigan a Santi Potros —pidió el juez Garzón.

—Sabe que, si no colabora, señor Urrutikoetxea, la justicia francesa continuará sus indagaciones con nuestros colegas de España. Lo tiene claro, ¿cierto?

—No considero a sus colegas, ni mucho menos al Estado o al país que representan.

Santi Potros llevaba detenido en Francia casi dos años. A diferencia de Ternera y Beloki, Potros atravesaba un momento peculiar, sobre todo desde que su condición de refugiado en Francia se había cancelado después de las distintas pruebas aportadas por diferentes administraciones de Justicia. También fue muy criticado en el entorno de la banda, porque tenía la costumbre de apuntarlo todo, con lo que la Guardia Civil dispuso de cantidad de información que pudo aprovechar en la lucha antiterrorista. España lo reclamaba por el macabro atentado de Hipercor, que demostró que ETA no solo no pensaba dejar de atentar en democracia, sino que la nueva cúpula defendía el inicio de una escalada de terror que ampliara objetivos y se saliera de las clásicas dianas pintadas en militares o guardias civiles.

Tenía el pelo corto, los ojos grandes y oscuros, la boca cerrada entre el desprecio y la indiferencia, gesto desafiante, mirada implacable. Luego no pareció tan duro. El interrogatorio duró ocho horas y se amontonaban las pruebas con-

tra él. Entre otras cosas le preguntaron por el Comando Madrid, después de encontrarle una documentación en la que miembros del mismo valoraban personalmente el atentado cometido el 25 de abril de 1986 en la calle de Juan Bravo esquina a Príncipe de Vergara. La capital de España venía siendo el escenario de la nacionalización de los atentados y el comando que operaba allí no dejaba de confundir a los investigadores de la Guardia Civil.

★ ★ ★

—Apenas comimos nada.

—Menuda jornada, sí. ¿A qué hora sale mañana el vuelo?

—A las nueve menos cuarto. Tengo que estar en la Audiencia a las doce sin falta.

—Podríamos cenar algo en alguno de los restaurantes de Montmartre.

—Yo necesito tomarme un vino primero.

—Pues estamos en el sitio, Carmen.

—Bueno, a ver si es verdad, Baltasar.

—¿Necesitas pasar por el hotel antes?

—Al menos para cambiarme de nuevo las dichas medias.

La noche de París era de fiesta y servida en bandeja redonda de terraza. Tenían el suplemento de poderse fumar un cigarro; después del día, los dos necesitaban una forma de relajarse. El vino ayudaría, pero también lo haría esa noche parisina de ruido y bohemia que les permitía jugar a ser otras personas. Distintas parejas podían parecerse a Carmen y Baltasar, salvo que sería extraño que estuvieran también en una misión de tales características. Casi todos eran turistas, algunos locales, pero esos venían cenados a tomarse el

vino blanco de postre. Los dos estaban cansados de seguir con este tema, demasiado crudo, demasiado diario. También era su razón de ser. Se sentaron en la primera mesa que vieron con buenos ojos, redonda, con dos sillas negras. Un camarero con servilleta en el antebrazo les tomó la comanda.

—¿Cómo está tu sobrino?

—En el nuevo centro le están sacando adelante. Al menos tienen la técnica que necesita —contestó Carmen.

—No es fácil tratar estas cosas. Ni baratas.

Les interrumpía el ruido del acordeón.

—¿Crees que los gabachos cambiarán de actitud?

—No puedes hablar de otra cosa, ¿eh?

—Baltasar, esto es una locura. Hay que cortar por lo sano.

—Creo que va ayudar mucho que sigamos adelante con la investigación del GAL.

—Desde luego que sí.

Al terminar, decidieron pasear hasta el hotel. No distaba más de cuatro manzanas, ideales para un paseo de postre, aunque ella no pudo dejar de pedirse unas crepes Suzette al terminarse el sándwich. Los dos eran colegas y amigos, pero también compañeros desde hacía largo tiempo, y este pasaba del mismo modo junto a los dos, mellando de igual manera, con semejante erosión sobre su ánimo y descanso. Muchas veces, tantas veces, otras veces. Una moto les hizo mirar demasiado preocupados hacia el ruido de su motor. Pasó de lado, pero fue suficiente como para que uno de los escoltas asignados por la Gendarmería se acercara a ellos con la mano dentro del bolsillo interior de la chaqueta. Era curioso ver cómo Francia, sabiendo cómo se las gastaban en la frontera, reforzara con contravigilancia la estancia del juez y la fiscal.

En España apenas estaban cubiertos en materia de seguridad. En Francia no querían que hubiese jaleo, sobre todo después de los episodios que habían sufrido algunos años antes por la actuación del GAL (Grupos Antiterroristas de Liberación). De hecho, esta contravigilancia francesa no se sabía muy bien si era para protegerles a ellos o a Francia. En cualquier caso, esa noche los estaban controlando.